

An abstract painting featuring warm, textured brushstrokes in shades of orange, peach, and light brown, set against a background of bright cyan blue. The composition suggests the contours of a person's back and legs, with a dark shadow cast across the upper right portion.

Nicolas Mathieu

---

SUS HIJOS DESPUÉS DE ELLOS

Agosto de 1992 en el este de Francia: un valle olvidado, unos altos hornos extinguidos, un lago y el calor canicular de la tarde. Anthony tiene catorce años y, por puro aburrimiento, acaba robando, junto a su primo, una canoa para ir a curiosear a la famosa playa nudista de la orilla de enfrente.

Allí lo que le espera es el primer amor, el primer verano, el que marca todo lo que le sucederá después. Así se inicia en el drama de la vida. Este libro es la novela de un valle, de una era y de la adolescencia; es el relato político de una juventud que tiene que encontrar su propio camino en un mundo agonizante.

Cuatro veranos, cuatro momentos, desde «Smells like teen spirit» al Mundial de fútbol de 1998, para relatar unas vidas que transcurren a toda velocidad en esa Francia intermedia, la de las ciudades medianas y las zonas residenciales, entre el aislamiento rural y el hormigón de los polígonos.

La Francia de Johnny Hallyday, la de los pueblos que se divierten en las atracciones de feria y se enfrentan en los concursos de televisión; la de los hombres que se consumen en el tajo y las mujeres enamoradas que se marchitan a los veinte años. Un país en la retaguardia de la globalización, atrapado entre la nostalgia y el declive, la decencia y la rabia.

*Para Oscar*

De otros no ha quedado recuerdo,  
desaparecieron como si no hubieran existido,  
pasaron cual si a ser no llegaran,  
así como sus hijos después de ellos.

*Eclesiástico, 44, 9*

I

1992

*Smells Like Teen Spirit*

# 1

---

Anthony estaba de pie en la orilla, con la mirada al frente.

El sol caía a plomo sobre las aguas del lago, confiriéndoles la densidad del petróleo. De tanto en tanto, esa superficie de terciopelo se estremecía al pasar una carpa o un lucio. El chico sorbió. El aire estaba cargado con ese mismo olor a lodo y a tierra plúmbea por el sol. El mes de julio le había salpicado de pecas la espalda, ya ancha. No llevaba nada puesto aparte de un pantalón de fútbol viejo y un par de Ray-Ban falsas. Hacía un calor para morirse, pero eso no lo explicaba todo.

Anthony acababa de cumplir catorce años. Para merendar, se metía entre pecho y espalda un bocata de quesitos de una barra. Por las noches, a veces le daba por escribir canciones con los cascos puestos. Sus padres eran unos capullos. Ese curso entraba en tercero<sup>[1]</sup>.

El primo, en cambio, no se comía el coco. Estaba medio dormido, echado en la toalla, la bonita que había comprado en el mercadillo de Calvi, el año que se fueron de campamento. Incluso tumbado, se veía lo alto que era. Todo el mundo le echaba no menos de veintidós o veintitrés años. Tanto que el primo lo aprovechaba para ir a sitios donde no debería poder estar. De bares, de disco y de ligue.

Anthony sacó un pitillo del paquete que llevaba metido en el pantalón y le preguntó al primo si a él también le parecía que, a veces, todo era un coñazo.

El primo no dijo ni mu. Por debajo de la piel se le podía seguir con precisión el trazado de los músculos. A ratos, se le posaba una mosca en el pliegue que formaba el sobaco.

Entonces, se le estremecía la piel como la de un caballo molesto por un tábano. A Anthony le habría gustado ser así, esbelto y con el torso compartimentado. Todas las noches hacía fondos y abdominales en su cuarto. Pero él no era así. Seguía teniendo el cuerpo cuadrado y recio, un tocho. Un día, en el patio, un bedel se puso a darle la brasa por culpa de un balón de fútbol que se había pinchado. Anthony quedó con él en la calle. El bedel nunca apareció. Por si fuera poco, las Ray-Ban del primo eran auténticas.

Anthony encendió el pitillo y suspiró. El primo sabía de sobra lo que quería Anthony. Este llevaba días agobiándolo para ir a dar una vuelta por donde la playa nudista, a la que, por cierto, habían llamado así en un arranque de optimismo, porque solo se veían chicas en tops, y eso con suerte. Pero aun así, Anthony estaba totalmente obsesionado.

—Venga, vamos.

—No —gruñó el primo.

—Venga, hombre...

—Ahora no. Anda, báñate.

—Eso mismo...

Anthony contempló el agua con esa mirada suya tan rara, como torcida. El párpado derecho se le quedaba medio cerrado, como si tuviera pereza, y le falseaba el rostro con una expresión de estar siempre de malas. Era una de esas cosas que no van. Igual que ese calor que lo tenía atrapado, y ese cuerpo mal hecho que le quedaba pequeño, esa peana del 43 y los granos que le salían por toda la cara. Que se bañara... Qué gracioso, el primo. Anthony escupió entre los dientes.

Hacía un año que el hijo de los Colin se había ahogado. Fue el 14 de julio, era fácil acordarse. Esa noche, un montón de gente de la zona había ido al lago y al bosque para ver los fuegos artificiales. Habían encendido fogatas y barbacoas. Como siempre, poco después de las doce se montó una pelea. Los militronchos del cuartel, de permiso, la

tomaron con los árabes de la ZUP<sup>[2]</sup>, y luego también se metieron por medio los cabezudos de Hennicourt. Por último, algunos habituales del *camping*, sobre todo jóvenes pero también algunos padres de familia, belgas barrigones y colorados del sol, se sumaron a la fiesta. Al día siguiente aparecieron papeles grasientos, trozos de madera manchados de sangre, botellas rotas y hasta un Optimist del club náutico atascado en un árbol; no había sido poca cosa. Pero el que no apareció fue Colin hijo.

Sin embargo, sí que había pasado la noche a la orilla del lago. Se sabía fijo porque fue lo que, más tarde, declararon sus amigos. Unos chavales de lo más normal, que se llamaban Arnaud, Alexandre o Sébastien, con el *bac*<sup>[3]</sup> recién aprobado y que ni siquiera se habían sacado el carné de conducir. Habían ido allí para no perderse la bronca tradicional, pero sin intención de zurrarse también. Solo que, en un momento dado, acabó arrastrándolos. Lo que pasó luego no quedó muy claro. Varios testigos aseguraron haber visto a un chico que parecía herido. Se hablaba de una camiseta llena de sangre y también de una herida en la garganta, como una boca abierta hacia una hondura líquida y negra. Con todo el jaleo, nadie se ocupó de socorrerlo. A la mañana siguiente, la cama de Colin hijo estaba vacía.

En los días que siguieron, el prefecto<sup>[4]</sup> organizó una batida por los bosques circundantes mientras se dragaba el lago con buceadores. Durante horas, los mirones estuvieron observando cómo iba y venía la zódiac naranja. Los buceadores se dejaban caer de espaldas con un «pluf» lejano y entonces tocaba esperar, en un silencio de muerte.

Se decía que la mujer de Colin estaba en el hospital, sedada. Se decía que se había ahorcado. O que la habían visto andando por ahí en camisón. Colin padre trabajaba en la policía municipal. Como era cazador y todo el mundo creía, lógicamente, que había sido cosa de los árabes, se esperaba que habría un ajuste de cuentas o así. El padre era un



hombre achaparrado que se quedaba en el barco de los bomberos, con la calva al aire bajo un sol de justicia. La gente lo observaba desde la orilla, tan inmóvil, con esa tranquilidad insoportable y la cabeza madurando lentamente. A todos les resultaba indignante esa paciencia, les habría gustado que hiciera algo, que al menos se moviera o se pusiera una gorra.

Después, lo que alteró mucho a la población fue aquel retrato que se publicó en el periódico. En la foto, Colin hijo tenía cara de buen chico, pálido y del montón que le pegaba ser víctima, vamos. Tenía el pelo rizado por los lados, los ojos marrones y llevaba una camiseta roja. El artículo decía que había sacado un notable en el bac. Conociendo a su familia, no dejaba de ser una proeza. «Para que veas», había dicho el padre de Anthony.

Al final, el cuerpo nunca apareció y Colin padre volvió mansamente a la rutina del curro. Su mujer no se ahorcó ni nada. Se conformó con empastillarse.

En cualquier caso, a Anthony no le apetecía para nada bañarse allí. Tiró la colilla, que emitió un silbido al tocar la superficie del lago. Alzó los ojos hacia el cielo y, deslumbrado, frunció el ceño. Por un instante, se le equilibraron los párpados. El sol estaba muy alto, debían de ser las tres de la tarde. El pitillo le había dejado un sabor desagradable en la lengua. Definitivamente, el tiempo iba muy despacio. Y, por otra parte, el nuevo curso estaba a la vuelta de la esquina.

—Joder...

El primo se enderezó.

—Eres un plasta.

—Menudo coñazo. Todos los días sin hacer nada.

—Bueno, venga...

El primo se puso la toalla en los hombros, se subió a la bici de montaña y se marchó.

—Venga, espabila. Nos vamos.

—¿Adónde?

—Que espabiles, hombre.

Anthony metió la toalla en su mochila vieja de Cheignon, sacó el reloj de una de las botas de baloncesto y se vistió rápidamente. Apenas había levantado la bici BMX cuando el primo ya se perdía por el camino que rodeaba el lago.

—¡Espérame, joder!

Desde pequeños, Anthony siempre le iba pisando los talones. Sus respectivas madres, de jóvenes, también habían sido uña y carne. Las Mougel, las llamaban. Durante mucho tiempo habían arrasado en los bailes del condado antes de sentar la cabeza por culpa del amor verdadero. Hélène, la madre de Anthony, eligió al hijo de los Casati. Irène cayó más bajo aún. En cualquier caso, las Mougel, sus hombres, los primos y las familias políticas pertenecían todos al mismo mundo. Para darse cuenta bastaba con ver cómo funcionaban en las bodas, en los entierros o en Navidades. Los hombres hablaban poco y se morían pronto. Las mujeres se teñían el pelo y miraban la vida con un optimismo que se iba atenuando. Cuando llegaban a viejas, conservaban el recuerdo de los maridos que la habían palmado en el trabajo, en el bar o de silicosis, y de los hijos que se habían matado en la carretera, sin contar a los que habían ido por tabaco. Irène, la madre del primo, pertenecía precisamente a esta categoría de las esposas abandonadas. Por eso el primo se había hecho mayor tan rápido. A los dieciséis años, sabía afeitarse, conducir sin carné y hacer la comida. Hasta le dejaban fumar en su cuarto. Era intrépido y seguro de sí mismo. Anthony habría ido con él hasta el mismísimo infierno. En cambio, su familia, por su forma de ser, cada vez le caía peor. Los suyos, a fin de cuentas, le parecían insignificantes, por su alcance, su situación, sus esperanzas y hasta sus desgracias, tan extendidas y coyunturales. Eran gente despedida, divorciada, cornuda o cancerosa. Gente normal, en definitiva, y todo lo que había fuera se consideraba relativamente inadmisibile. Las familias cre-

cían pues sobre grandes losas de ira, de subterráneos de disgustos apisonados que, por efecto del pastís, podían volver a la superficie de pronto en mitad de un banquete. Anthony cada vez estaba más convencido de que era superior. Estaba deseando pirárselas.

No tardaron en llegar a la antigua vía del tren y el primo dejó tirada la bici entre las ortigas. Luego, de cuclillas en los raíles, se quedó mirando un momento el centro de vacaciones Léo-Lagrange, que estaba al pie del talud de la SNCF. El cobertizo de las embarcaciones estaba abierto de par en par. No había ni un alma. Anthony dejó la BMX para reunirse con él.

—No hay nadie —dijo el primo—. Nos cogemos una canoa y nos vamos.

—¿Estás seguro?

—No querrás ir nadando...

Y el primo se lanzó talud abajo, saltando entre zarzas y hierbajos. Anthony lo siguió. Tenía miedo, era una sensación deliciosa.

Cuando llegaron al cobertizo, tardaron unos segundos en acostumbrarse a la penumbra. Había cascarones, un 420 y canoas en un soporte de metal. De los chalecos salvavidas colgados en un perchero se desprendía un fuerte olor a moho. Por las puertas abiertas de par en par se veía la playa, el lago resplandeciente y el paisaje llano, como en una pantalla de cine recortada en la oscuridad húmeda.

—Ven, nos llevamos esta.

Descolgaron la canoa que había elegido el primo con un movimiento sincrónico y luego cogieron las palas. Antes de salir de la sombra fresca del cobertizo, hicieron una pausa. Se estaba bien. A lo lejos, una tabla de *windsurf* trazaba una estela clara en la superficie del lago. No venía nadie. Anthony podía sentir ese vértigo embriagador de cuando

iba a hacer alguna gilipollez. Como cuando mangaba en el Prisunic<sup>[5]</sup> o cometía imprudencias en moto.

—Venga. Vamos allá —dijo el primo.

Y se lanzaron con la canoa al hombro y las palas en la mano.

En conjunto, al centro de vacaciones Léo-Lagrange acudían críos bastante inofensivos cuyos padres los aparcaban allí hasta que empezaba el curso. Así, en lugar de meterse en líos en la ciudad, tenían la oportunidad de montar a caballo o pedalear en patín. Al final hacían una fiesta y todos se morreaban y privaban a escondidas; los más espabilados conseguían incluso enrollarse con una monitora. Pero en el grupo siempre había algunos chalados que se salían de lo normal, chulitos de algún pueblo perdido educados a latigazos. Si te pillaba por banda uno de esos, la cosa podía ponerse fea. Anthony intentaba no pensarlo. La canoa pesaba lo suyo. Había que aguantar hasta la orilla, unos treinta metros como mucho. La embarcación se le clavaba en el hombro. Apretó los dientes. Fue entonces cuando al primo se le enganchó el pie en una raíz y la proa de la canoa se plantó en el suelo. Anthony tropezó a su vez y notó que algo duro le desgarraba la mano, una astilla o una punta que sobresalía en el interior. De rodillas, se miró la palma de la mano. Estaba sangrando. El primo ya se había puesto de pie.

—Venga, no tenemos tiempo.

—Un segundo. Me he hecho daño.

Se había llevado la herida a los labios. El sabor de la sangre le llenaba la boca.

—¡Corre!

Se acercaban voces. Retomaron la marcha a paso ligero, sujetando la embarcación como buenamente podían, con los ojos clavados en los pies. Aprovechando el impulso, se metieron en el agua hasta la cintura. Anthony pensó en el tabaco y el *walkman* que llevaba en la mochila.

—¡Sube! —dijo el primo, que empujaba la canoa lago adentro—. Deprisa.

—¡Eh! —gritó alguien a su espalda.

Era una voz nítida y masculina. Siguieron otros gritos, cada vez más cerca.

—¡Eh, volved aquí! ¡Oye!

Anthony se aupó como pudo en la canoa. El primo le dio un último empujón antes de trepar también. En la orilla, a su espalda, un crío en bañador y dos monitores se desgañaban.

—Rema. Ahora juntos. ¡Vamos!

Después de unos tanteos, los chicos dieron con la forma correcta de remar, Anthony a babor y el primo a estribor. En la playa se veía pulular a un montón de críos que chillaban, histéricos. Los monitores desaparecieron en el cobertizo y salieron con tres canoas.

Por suerte, la embarcación de los primos hendía la superficie del lago con una fluidez reconfortante. Notaban cómo les subía la resistencia del agua por los hombros y, en los pies, una embriagadora sensación de velocidad. Anthony se fijó en que un hilillo de sangre le serpenteaba por el antebrazo. Soltó la pala un momento.

—¿Estás bien? —preguntó el primo.

—No es nada.

—¿Seguro?

—Sí.

A sus pies, unas gotas rojas habían formado al caer una cabeza de Mickey Mouse. En la palma se abría un fino corte. Se lo llevó a la boca.

—¡Rema! —dijo el primo.

Los perseguían en embarcaciones de dos o tres personas, con varios adultos. No estaban tan lejos y Anthony se puso a palear a más y mejor. El sol pegaba fuerte en las aguas negras del lago, formando como un millón de reflejos blancos. Notaba cómo le corría el sudor por la frente y por los costados. En la espalda, la camiseta de tirantes se le

había pegado a la piel. Estaba preocupado. Igual habían llamado a la policía.

—¿Qué vamos a hacer?

—No van a seguirnos.

—¿Seguro?

—¡Tú rema, joder!

Al cabo de un rato, el primo cambió de dirección para bordear la orilla. Tenía la esperanza de que así llegarían antes al Pointu, la estrecha franja de tierra que cortaba el lago en dos. Cuando doblaran el cabo, los perderían de vista durante unos minutos.

—Mira —dijo el primo.

En las playas circundantes, algunos bañistas se habían puesto de pie para ver mejor y silbaban o gritaban para animarlos. Anthony y el primo habían cogido la costumbre de ir siempre al mismo sitio, una playa a la que se accedía fácilmente, conocida como el Vertedero. Se suponía que estaba cerca de una salida de alcantarilla, y de ahí que estuviera tan tranquila, incluso en temporada alta. En el lago había otras. A su espalda, la playa del centro Léo-Lagrange. Más allá, la del *camping*. Y algo más lejos, la playa americana, donde iban los cabezudos. Del otro lado del Pointu estaba el club náutico, el mejor sitio, con abetos, arena casi clara, casetas y un bar, como en la costa.

—Ya está, ya llegamos —dijo el primo.

A unos cien metros, a su derecha, la silueta de una bañera en ruinas que había pertenecido al Servicio de Aguas y Bosques señalaba el arranque del Pointu. Entonces se dieron la vuelta para calcular la distancia que los separaba de sus perseguidores. Estos habían dejado de avanzar y, por lo que se veía, estaban en plena discusión. Incluso de lejos se les notaban los nervios y los desacuerdos. En un momento dado, una silueta se puso de pie para enfatizar su punto de vista y alguien la obligó a sentarse de nuevo. Al final, dieron media vuelta hacia el centro de vacaciones. Los

primos intercambiaron una sonrisa y Anthony se permitió sacarles un dedo, ahora que los tenía de espaldas.

—¿Qué hacemos?

—¿A ti que te parece?

—Seguro que llaman a la poli.

—¿Y qué? Tú rema.

Siguieron avanzando muy cerca del borde, a través de los cañaverales. Eran las cuatro pasadas y la luz iba siendo menos hiriente. Entre la maraña de hojas y ramas que flotaban a lo largo de las orillas, se oían ruidos y ranas croando. Anthony, que tenía la esperanza de ver alguna, tenía los ojos clavados en la superficie.

—¿Qué tal la mano?

—Bien. ¿Falta mucho?

—Diez minutos.

—Joder, la verdad es que está lejísimos.

—Te lo dije. Consuélate pensando en las nudistas.

Anthony ya se imaginaba aquel lugar como algo parecido a la sección de pelis X del videoclub. Se colaba a veces, de extranjis y acojonado, para meterse por los ojos cuanto pudiera antes de que un adulto fuese a desalojarlo. En general, esas ganas de escudriñar el cuerpo de las chicas eran constantes. Escondía revistas y cintas VHS en los cajones y debajo de la cama, por no hablar de los pañuelos de papel. En clase, todos sus colegas estaban igual de salidos. Tanto que se volvían subnormales. Pensándolo bien, casi todas las peleas venían de eso, en realidad. Uno mira a alguien en un pasillo, al otro se le cruzan los cables, y ¡hala!, a zurrarse y rodar por los suelos llamándose de todo. Algunos conseguían salir con tías mayores. Y Anthony había besado una vez a una chica, al fondo del autobús. Pero no le dejó tocarle las tetas. Así que pasó de ella. Ahora lo sentía; se llamaba Sandra, tenía los ojos azules y los vaqueros C17 le hacían un culo guay.

Lo sacó de su ensimismamiento un ruido de tubo de escape que venía de detrás de unos árboles altos. De inme-